

LOS COLEGIOS DE MÉDICOS, INSTITUCIONES IMPRESCINDIBLES

La democracia centralizada y supresora de las "asociaciones intermedias" (la sociedad civil), se convierte en tiranía popular, como advirtió Montesquieu, que en nombre de una igualdad abstracta, destruye la libertad y las libertades concretas. El pluralismo social, los grupos intermedios, las comunidades comarcales o locales, LAS ASOCIACIONES PROFESIONALES y sindicales son, mucho más que el individualismo, la verdadera garantía de la libertad frente al absolutismo, pseudodemocrático o autocrático, absorbente y centralizador.

Las instituciones, como los Colegios de Médicos, existen, tienen sentido y son necesarias, porque, como decía Ortega y Gasset, el hombre medio, el médico medio, existe. Si solo hubiese hombres y médicos excepcionales, no serían necesarias las instituciones ni los poderes públicos, pues los hombres excepcionales tienen soluciones para las cuestiones excepcionales. Pero en nuestra sociedad y en nuestra profesión existe el abuso y la falsedad, a veces interna e incrustada y esto solo es perceptible y corregirle desde la ética y las fronteras internas de la profesión en base a valores y principios que protegen y priorizan los intereses del paciente, autorregulándose, limita, controla y previene el abuso y la falsedad, garantizando un ejercicio profesional fiable, confiable y de calidad científica y humana. De este modo los colegios luchamos contra la falsedad y defendemos la verdad en el ejercicio profesional del médico, servimos, protegemos y garantizamos un ejercicio comprometido y responsable al servicio del hombre y de la sociedad. Esto es una enorme garantía social, generadora de la imprescindible confianza en el médico, en la importantísima relación médico-paciente, en la que tanta fe deposita el hombre enfermo, que espera ser respetado y atendido con los mayores niveles de calidad y seguridad.

El médico siempre debe ser auténticamente lo que es, médico, con todas las consecuencias, con la entrega, dedicación, valores y principios que el enfermo y la sociedad esperan de él, por eso no es válido el médico meramente técnico, sin humanismo ni valores que es un mero interprete de la tecnología y el conocimiento, pero que no responde a ese algo más, tan importante, que el enfermo espera, que le entienda y considere como una persona y no sólo como una parte, un trozo de cuerpo, aislada de sus prioridades y valores.

El médico está al servicio del enfermo de manera integral, completa y no puede engañar ni estafar al paciente, por el gran compromiso espiritual y

social que tiene y que debe estar expuesto y justificado en cada momento. El médico que no está centrado en el paciente, es un técnico, un médico ficticio que envilece y falsifica la profesión y que la desmoraliza, que no responde al compromiso ético de la profesión, al Juramento Hipocrático ni a lo que los pacientes y la sociedad esperan de él. El conocimiento solo, sin humanismo, rebaja a la medicina y al médico, por eso necesitamos restaurar los valores tradicionales de la medicina, columna vertebral del ejercicio de nuestra profesión, desde siempre y camino de autenticidad.

José Ramón Huerta Blanco
Octubre 2017